

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

LA CASA DEL MARQUÉS

I

En mis recuerdos de niño se conserva perpetuamente la silueta de la «Casa del Marqués», como llamaban en el pueblo a aquella ruinoso morada.

La casa del marqués debió ser en tiempos una mansión señorial; aún conservaba en sus ruinas vestigios de su antigua grandeza; permanecía siempre cerrada, inhospitalaria y misteriosa; elevaba con altivez su elevada mira frente al mar, y se derrumbaba trágicamente encerrada en su orgullo; hermética, impenetrable, sin consentir que sus puertas se abrieran piadosamente para cobijar a los menesterosos del pueblo, a los que vivían en chozas o dormían en la playa bajo las carcomidas tablas de barcos destrozados que el mar arroja a la orilla.

Esta casa tiene su historia y su leyenda que yo oí contar en mi niñez, y que entonces se amalgamaban con los cuentos de las hadas y los gigantes.

Por aquellos tiempos había en mi pueblo un fraile exclaustro—el Padre Eligio—de virtud tan extraordinaria, que cuando la revolución desalojó los conventos y expulsó a los frailes, no pudo desterrar del pueblo a aquel bendito religioso.

Mis padres le conocieron, y muchas veces me hablaron de él.

Parecía una mística figura arrancada de una tabla del Beato Angélico. Su modestia era tal, que sus ojos jamás se levantaban del suelo.

Diariamente recorría la ciudad pidiendo limosna, y así que hacía su colecta se encaminaba a su antiguo convento, y en torno de la cruz que había ante la puerta repartía entre los pobres su limosna. Luego los adoctrinaba.

Y sobrevino un año de sequía, y la miseria era tan grande que legiones de hambrientos acudían a la limosna del Padre Eligio.

El santo religioso llamó entonces a las puertas de la casa del marqués.

Y pudo llegar a presencia del señor.

—¿Qué quieres?—preguntó el marqués.

—Señor: hay hambre en el pueblo,

lo sabéis; diariamente me esperan en el arrabal los pobres, yo les doy cuanto recojo; pero ya son tantos que mi limosna no alcanza; yo los veo sufrir, señor, los veo consumirse y morir... y vengo en nombre de Dios a pedir para sus pobres...

—Ya doy yo la limosna que puedo dar, y no necesito que nadie me recuerde mis deberes...

—Sé que dais limosna... pero no la que debéis dar...

—¿Y quién eres tú para meterte en mis asuntos? No tengo que dar cuenta a nadie de mis actos.

—Perdonadme, señor, me traen hasta aquí los dolores, la miseria y la desesperación de los que mueren de hambre; yo predico el Evangelio en la plaza, y vengo a predicarlo aquí también: este es mi deber.

La mirada del Padre Eligio se levantó entonces del suelo, se clavó como un rayo de luz. fija en el rostro del marqués, y la voz, siempre humilde tuvo acentos de firmeza y de energía inauditas.

Diríase que el alma del religioso era como el mar, que besa dulcemente la humilde arena de la orilla y azota con fuerza la dureza de la roca.

—Ya sé—continuó—que das unas migajas a los mendigos que acuden a tu puerta. Esas migajas, ese simulacro de caridad sólo sirve para adquirir patente de hombría de bien en el pueblo, a lo sumo para engañar a tu conciencia. No es eso lo que Dios pide de ti. Hay hambre en el pueblo, y aquí sobra la riqueza, el lujo y el sibirismo; tienen hambre los hijos de Dios, y tú no has dado ni lo superfluo. Cierras tu corazón hoy al llamamiento divino, te niegas a dar oídos a la misericordia; algún día llamarás y no serás escuchado, pedirás, y no encontrarás quien te socorra...

El marqués se levantó indignado, y expulsó de su casa violentamente al atrevido religioso.

II

Como la sal en el agua se deshizo la fortuna del marqués.

Refiere la leyenda que desde lo alto

de la mira de su casa vió él mismo hundirse en el mar el buque que le traía de América los últimos restos de su riqueza.

Medio loco, abandonado de todos en aquella casa convertida en anticipado sepulcro, pasó los últimos años de su mísera vida.

Fué más fuerte su soberbia que su instinto de conservación. Se sepultó voluntariamente, negóse a recibir auxilio de nadie, y hasta rechazo con altivez la piadosa visita del Padre Eligio, que, lleno de caridad, fué en la última hora a salvar aquella alma.

La imaginación popular ha tejido sobre esta historia una fantástica leyenda de apariciones y de trágicos episodios.

La verdad escueta y no menos trágica que la leyenda, fué que el marqués murió de miseria... tal como habían muerto los pobres en el año de la sequía junto al fastuoso palacio del procer.

LUIS LEÓN.

LOS BAÑOS DE SOL

Dejando a un lado la cuestión de moralidad en los solarios, que actualmente está reglamentada por disposiciones de la Dirección General de Seguridad, vamos a considerar éste procedimiento moderno de diversión bajo otro aspecto en el que deben de intervenir las autoridades sanitarias.

¿Es posible que todas las personas que toman baños de sol necesiten de los rayos solares para recuperar o mantener su salud?

¿Es posible que sea precisamente la juventud la más necesitada de rayos de sol para curar las enfermedades... que no tienen?

¿Es posible que la ciencia médica haya aconsejado o permanezca indiferente ante el abuso excesivo de tiempo, recibiendo inmovil toda la fuerza del astro rey?

¿Es posible que las autoridades que tanto se preocupan de sostener un buen servicio de playa, para atender a los bañistas que sufren algún percance en el agua, no se hayan preocupado de las consecuencias desastrosas de éste abuso de la medicina solar?

¿Es posible que no se hayan hecho estadísticas de las desgracias ocasionadas por los baños de sol y que éstas no se hayan comparado con las reducidas que ocasionan los baños de mar?

¿Es posible que los médicos y la sanidad puedan ver con indiferencia un problema tan importante para la salud pública, cuando ésta «epidemia» de los últimos años no es más que una disculpa absurda para justificar muchas inmundicias?

Tal vez, hayamos descubierto el Mediterráneo, y los baños excesivos de sol, nos traigan la solución para vivir sanos eternamente.

LA REFORMA DE LOS MANDAMIENTOS

El Cura de X puso este aviso en la puerta de su iglesia:

Como muchos parroquianos no se acercan al templo porque les estorban algunos mandamientos de la Ley de Dios, con el presente aviso les convoco a todos para una conferencia que se tendrá en la iglesia parroquial con el objeto de reformarlos el próximo domingo, a las cinco de la tarde.

Llegó el domingo y llegó la tarde, y llegaron las cinco, y llegó el señor Cura y todo el pueblo en masa a la iglesia.

SR. CURA.—Amados parroquianos, llegó la hora deseada por todos y por tanto tiempo; por fin vamos a cambiar los Mandamientos a gusto de todos; ya no encontraréis obstáculos para acercaros al templo, asistir a las funciones y recibir los Santos Sacramentos; pero antes una advertencia: sólo podréis decir: Sí, Padre, o no, Padre, y una vez la inmensa mayoría haya dicho una cosa, los pocos descontentos se habrán de sujetar, pues los Mandamientos se dan para todos, para toda la sociedad en general y no para algunos en particular.

TODOS.—¡Conformes! ¡Muy bien! ¡Viva el señor Cura!...

SR. CURA.—Empecemos. Primer Mandamiento. Amar a Dios sobre todas las cosas. Supongo que nadie tendrá nada contra este Mandamiento, pues poco os preocupáis del mismo.

TODOS.—¡No, Padre!

SR. CURA.—¿Así, pues, lo conservamos?

TODOS.—Sí, Padre.

SR. CURA.—Bueno, ya tenemos uno, El segundo, no tomar el nombre de Dios en vano. Éste lo quitaremos, de modo, que en adelante, cuando os acusen falsamente, podrán jurar vuestros enemigos que es cierto que habéis cometido el crimen, aunque no hayáis pensado en el mismo; cuando os juren guardar un secreto, no descubriros, daros una cantidad, cumplir un contrato, en adelante ya no valdrá el juramento, ya se podrá quebrantar.

TODOS.—No, no.

SR. CURA.—Callad, no me interrumpáis. Cuando los novios y esposos se juren amor eterno, fidelidad, no los habéis ya de creer, pues, quitamos el Mandamiento que prohíbe jurar en falso.

TODOS.—¡No, no!

SR. CURA.—Bien, pues, si os empeñáis, lo conservaremos.

TODOS.—Sí, Padre; sí, Padre.

SR. CURA.—Ya tenemos dos. El tercero: Santificar las fiestas. Quitémoslo. En adelante vosotros, trabajadores, habréis de trabajar todos los días, aun los domingos,

TODOS.—No, no.

SR. CURA.—¡Pues claro! y los amos habrán de estar vigilando en el despacho. De modo que sobra el cine, el teatro, el fútbol.

TODOS.—No, Padre; no, Padre.

SR. CURA.—¿Pues qué, lo vamos a retener también?

TODOS.—Sí, Padre; sí, Padre.

SR. CURA.—Vayamos para el cuarto: Honrar a padre y madre. Padres, los hijos ya no os deberán obedecer, ni amar, y os podrán echar a la calle cuando seáis viejos.

LOS PADRES Y MADRES.—¡No, no!

SR. CURA.—... y los padres podrán maltratar a los hijos, no darles de comer y quitarles la herencia...

LOS HIJOS.—¡No, no!

SR. CURA.—¿Pues qué, lo dejamos?

TODOS.—¡Sí, sí!

SR. CURA.—Ahora toca el quinto mandamiento. Bien, en adelante cualquiera a quien se le ocurra, os podrá matar, o arrancar los ojos...

TODOS.—¡No, no! ¡Eso no!

SR. CURA.—Cuando la criada quiera, os podrá envenenar la comida, cuando...

TODOS.—¡Nooo!

SR. CURA.—¿Así, lo retenemos también?

TODOS.—¡Sííí!

SR. CURA.—Ya tenemos cinco. Vayamos por el sexto. Éste y el noveno que van juntos, parece que si los habremos de quitar. Veamos Padres y madres ¿consentís que vuestros hijos e hijas os deshonren con una vida escandalosa robándoos su amor para entregarlo a cualquier persona sin vergüenza, sin dignidad, viviendo más como animales que como personas y malgastando el dinero con sus vicios?

PADRES Y MADRES.—¡No, no!

SR. CURA.—¿Consentís, vosotros jóvenes, que vuestros padres rebajen su honor, dignidad y buen nombre, despreciando vuestras madres, poniendo división en el hogar y tal vez en la herencia, no cuidando de vosotros, sino sólo de sus degradantes placeres?

TODOS LOS JÓVENES.—¡No, no!

SR. CURA.—Vosotros, esposos y esposas, ¿permitiréis que vuestro compañero y vuestro amor os sea infiel, os traicione, os postergue, os abandone?

ESPOSOS Y ESPOSAS.—¡No, no!

SR. CURA.—¿Entonces lo vamos a dejar?

TODOS.—¡Sí, sí!

SR. CURA.—Sea. Miremos ahora el séptimo y el décimo. Quitémoslos y así ya será lícito robaros, no os pagarán jornal debido, los vendedores os pondrán precios exorbitantes, los trabajadores estafarán a los amos, cualquiera os podrá quitar los bienes, la hacienda...

TODOS.—¡No, No!

SR. CURA.—¿No? Pues habremos de conservar también estos dos mandamientos?

TODOS.—¡Sí, sí!

SR. CURA.—Bueno pues ya tenemos nueve; falta uno. El octavo no levantar falsos testimonios ni mentir. No seáis tontos, quitemos siquiera este y así ya os podrán acusar de falsos crímenes ante los tribunales, podrán atribuirnos malas acciones, hechos infames en los periódicos; toda la gente, sobre todo las mujeres, podrán hablar mal de vosotros, os podrán falsificar vuestros documentos...

TODOS.—¡No, no!

SR. CURA.—¡Pero, tontos!

TODOS.—¡No, nooo!

SR. CURA.—Bien, pues si os empeñáis lo retendremos.

TODOS.—¡Sííí!

SR. CURA.—Queda, pues, así. Ya tenemos otra vez los mandamientos enteritos. ¿No decíais que no os gustaban? Pues, ¿por qué los dejáis? ¡Ah, hermanos míos! Aprended esta lección que vosotros os habeis dado.

EL PAYASO

*Yo supe la tragedia de un payaso
que con sonrisas su dolor teñía,*

*y su traje de raso
y lentejuelas de oro y luz, cubría
la triste desnudez de su fracaso.*

*Si al redondel salía nuestro artista,
la gente se llenaba de alborozo,
pues recreaba su vista
la pantomima que cubría un sollozo
del de alegre dolor rey de la pista*

*Su figura jamás estaba quieta;
nunca en el circo aparentaba calma;
y en aquella careta
de eterna risa, sollozaba su alma,
mientras la gente reía su pirueta.*

*Preguntad por él hoy: a ciencia cierta
que os dirán que ni sufre ni padece,
y nadie habrá que advierta
que aquél que siempre alegre les parec
lleva dentro de sí a su alma muerta.*

*Cuántos payasos andan por el mundo
luciendo su alegría constantemente,
y un cenagal profundo
es su alma muerta a Dios eternamente...
Yo estos dos casos entre sí confundo.*

Hermenegildo RODRIGUEZ

Gijón, agosto 1944

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Y Jesús de Nazaret, continuó diciendo: —Cuidad de no hacer vuestras obras buenas a vista de los hombres, para que os vean; porque en ese caso no recibireis recompensa de vuestro Padre celestial que está en los cielos.

Así, pues, cuando hagas limosna no vayas tocando la trompeta ante tí, como acostumbran los hipócritas en las sinagogas y aldeas, para que los honren los hombres. En verdad os digo que ya han recibido su premio. Cuando tu hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede en secreto pues tu Padre que ve en lo secreto te recompensará.

El remedio de las necesidades ajenas sólo es concebible como una caridad de tipo religioso. La caridad filantrópica no es caridad ni tiene mérito alguno. Los hombres juzgarán la filantropía como una ostentación vanidosa con la que se humilla mas a quien la recibe. Esta clase de «limosneros», dejarían de ser caritativos si nadie viese su acción, y se complacen, aunque solo sea recibiendo la adulación del pobre a quien socorren.

Si no hay un espíritu religioso que estimule la caridad, ésta no tiene mérito alguno. Ni ante Dios, ni ante los hombres. Ni siquiera la misma conciencia premia la «buena acción» de quien atiende al necesitado por el llamado humanitarismo, filantropía, compañerismo universal o demás denominaciones absurdas de la caridad láica.

El pobre que extiende su mano pidiendo una limosna, lo hace «por amor de Dios». No cabe la petición de otra manera. Por amor de Dios nos suplica que nos desprendamos de algo nuestro, de algo que precisamos para nuestro sustento, para nuestro bienestar o nuestra comodidad, o tal vez, para nuestras diversiones. Ese «algo» que nos pide por amor de Dios, lo hemos ganado nosotros honradamente, con nuestro trabajo, con nuestros ahorros, pero el pobre invoca a Dios, porque sabe muy bien que va a pedirnos ayuda a su miseria, ayuda a la que nosotros humanamente no tenemos obligación de atender, y por eso invoca el nombre de Dios, porque sólo en su nombre puede llegar a recordarnos la obligación de atenderle en sus necesidades, y hasta de privarnos de alguna cosa que no nos sea muy necesaria.

El recuerdo de Jesús de Nazaret, de su vida pública, de su complacencia por el menesteroso, su preocupación constante por el que sufre, por el que nada tiene, y las palabras de consuelo que el Maestro prodigaba a los pobres y los consejos que daba a quienes disfrutaban de un bienestar económico, señalándoles la caridad como camino seguro de alcanzar el fin supremo del hombre, todos estos recuerdos nos vienen a la mente, al escuchar al pobre harapiento que se acerca a nosotros mendigando y extendiendo la mano, mien-

tras sus palabras nos dicen: «una limosna por amor de Dios».

Y es entonces cuando la verdadera caridad llena de alegría nuestra alma, procurando en nuestro acto bondadoso que nadie vea nuestra misericordia, que ninguno sea testigo de lo que da nuestra mano.

En todas partes suele haber instituciones de caridad que cooperan a la mayor eficacia de esta meritisima labor.

A ellas podemos dar ocultamente nuestras limosnas, y ellas nos indican acertadamente nuestra labor callada en la casa del pobre, llevándole un consuelo y un cariño que en la mayoría de los casos es agradecido mucho más que la pequeña limosna con que pretendemos remediar en parte las necesidades ajenas.

Labor callada, secreta, sin ostentación, en la que sólo disfruta la conciencia y sólo nos lo premia Dios. Por un lado, nuestra mano derecha da la limosna en la bolsa de las organizaciones de caridad, sin que nadie sepa, cuanto damos para ayudar al pobre, ni siquiera nuestra mano izquierda puede ver hasta donde llega nuestra limosna. El pobre tampoco sabe cual ha sido nuestro desprendimiento, sólo Dios, «que vé en lo secreto recompensará nuestra buena acción».

El mundo juzga equivocadamente a las personas caritativas, y aplaude y censura duramente a unas y otras, según sabe de sus limosnas o no.

Quienes van repartiendo caridades al son de la trompeta, ya reciben el premio en esta vida, aunque no dejen tampoco de oír críticas amargas a sus liberalidades, que muchos consideran jactancia y presunción ridícula, pero no sabe el mundo, de personas que ejercen la caridad como mandó el mismo Jesucristo, y si son muchas sus riquezas, son muchas también sus caridades secretas y sus socorros continuos a personas necesitadas. Nadie lo sabe y el mundo les censura de avaros, pero Dios «que ve en lo secreto» ve todo el mérito de quien a pesar de tantas buenas acciones caritativas, recibe en cambio palabras duras de censura del mundo que nunca juzga más que por las apariencias externas.

¡Bienaventurados los misericordiosos...!

El pueblo que escuchaba al Maestro en el sermón de la Montaña lo hacía con extraordinario silencio. Las turbas admiraban su doctrina, porque les estaba enseñando como quien tiene potestad y no como sus escribas y fariseos.

En el sermón del monte está el programa de la doctrina y perfección evangélica y la solución de todos los problemas humanos. Apartarse de este Código es caer en el error con todas sus consecuencias.

Al hablar de la caridad, señaló exactamente como había de ser ésta. Solo la caridad en Dios podrá servirnos para merecer el premio de nuestro sacrificio.

R.

Con un mismo fuego el oro se afina y la leña se quema; con un mismo trillo el trigo se limpia y la paja se quebranta; con una misma tribulación, el bueno se mejora y el malo se arruina.

San Agustín

LA MADRE

¡La madre! He aquí un rincón oscuro donde debe haber escondido algo el corazón humano.

Acerquémonos un momento al arcano, pero no debemos pasar del umbral del misterio.

Todo el mundo sabe lo que es una amiga, lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño: Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias». ¿Sabéis lo que quiere decir? Que no tiene madre.

¿Queréis comprender la profunda soledad de un huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Véis dos niños jugar alegres a la puerta, de una casa; los dos tropiezan a un tiempo, y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante alrededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido, una boca impaciente que besa sus mejillas. Ese tiene madre.

El otro espera en vano: se levanta poco a poco, él mismo sacude con tristeza el polvo de su vestido, y va a confiar a la pared más cercana sus ahogados sollozos. Este no tiene madre.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de madre un relámpago de su amor.

El niño se va alejando del cielo en la misma proporción que se va alejando de su madre.

No le pidáis a ninguna madre el bárbaro sacrificio de Guzmán el Bueno. Para ellas no hay más patria que sus hijos.

Que un hijo sacrifique a su madre, dejándose matar por su patria, es un heroísmo que está dentro de la naturaleza; pero que una madre arrastre a su hijo a la muerte, es la barbaridad del heroísmo.

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de una familia.

El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso, o al más atrevido, o al más robusto, o al más inteligente, o al más inquieto. La madre al más débil, al más afectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás. Esa es la madre.

Semejante sentimiento no puede ser humano.

Hay un abismo que el hombre no medirá jamás, y es el amor de la madre.

Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende el camino de los astros, y fija el rumbo de los cometas; pero el cielo donde todo eso brilla y se mueve es para él insondable; no sabe donde empieza ni donde concluye.

El amor de la madre es una inmensidad donde el mismo corazón de la mujer se pierde.

El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo descifra. Sabe que dos líneas oblicuas que se juntan en un punto forman un ángulo; sabe que el carbón cristalizado se hace diamante; sabe que el sol tiene manchas y que hay otro planeta

que posee un anillo; mide las distancias y sondea los abismos; sabe lo que pesa la tierra; anuncia las revoluciones de los astros, y hace las de los pueblos; conoce todos los idiomas, y explica todos los misterios.

No podemos negar nuestro asombro a este cúmulo de inteligencia.

Pues bien: entre sabio a quien nada se le oculta y la madre que todo lo ignora, colocad un niño que no haya aprendido aún más lenguaje que el de sus gritos, el de sus lágrimas y el de sus sonrisas.

Humillante situación para el sabio; ninguna ciencia le ha dicho cómo se puede comprender a un niño que no habla todavía.

Sólo la madre sabe leer en ese corazón lleno de misterios que se ha formado en sus entrañas.

Sólo la madre tiene esa ciencia infusa, que ve de una sola mirada lo más oculto del alma, y que se llama ternura.

Si el hombre no estuviera tan orgulloso de su ciencia, doblaría la cabeza ante tan incomprensible sabiduría.

SELGAS

COMENTANDO

EMPECEMOS POR LOS DE CASA

Vamos a empezar nuestros comentarios irónicos de casos y cosas. Pretendo, solamente, distraer a quien tenga la paciencia de leerme, y enseñarle algunas pequeñas verdades intrascendentes. Mi intención es buena. Ya veremos lo que sale.

No se crean ustedes que el colaborar en RELIGIÓN Y PATRIA está al alcance de todos. Es más difícil de lo que parece. Nuestro Director, en su jovial severidad,

exige y pide cuanto se le antoja y maneja las tijeras mejor que un sastre. Y lo malo es que raras veces se ajusta uno a su pensamiento. ¿Quién será el culpable, él que pide o nosotros que no le damos lo que nos pide? Y es, señores, que el ajustarse a ciertas cosas es sumamente difícil. "Trate Vd. de este asunto"—nos dice, y se trata, pero visto de otra manera. ¿Por qué no tendremos los ojos de nuestro Director?... Esto puede pasar ¿y lo otro? ¡Lo otro, no y mil veces no! ¡Lo otro es lo que nos trae fritos! No estén Vds. intranquilos por saber qué es lo otro. Lo "otro" es la extensión de los trabajos. En esto, que es lo otro, si que no damos una. Estamos desafortunados y nuestra única salvación es nuestra buena fe. Si al menos, se nos encargasen trabajos de tantos kilos, podría pasar, pero por cuartillas es más difícil ajustarse a la medida. Las cuartillas no caben dentro del sistema métrico decimal que aprendimos en la escuela.

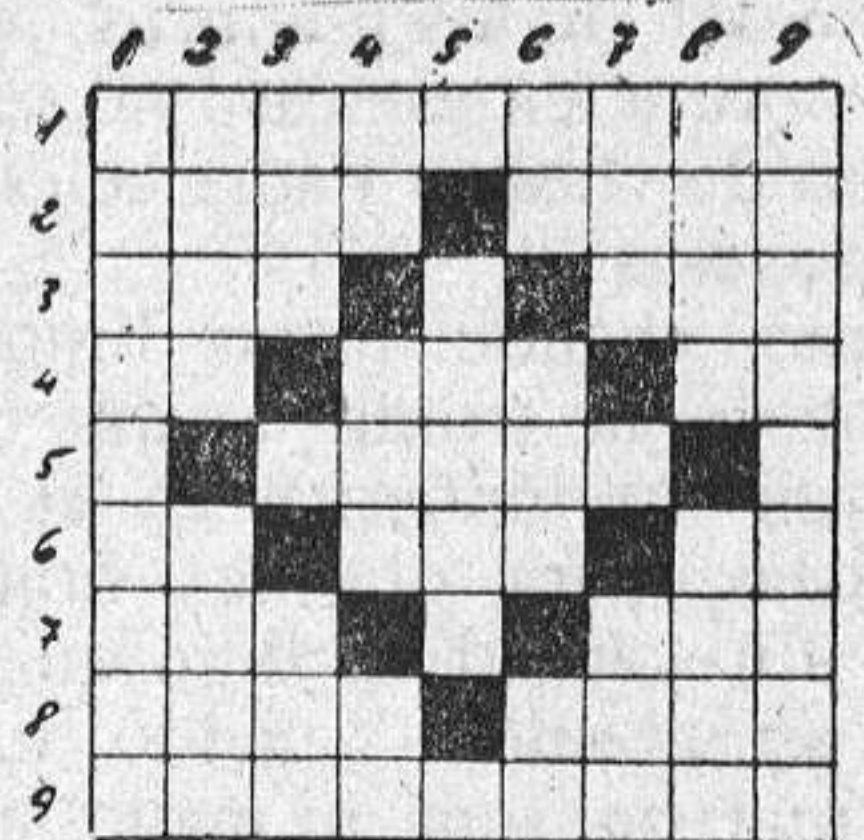
"Amigo Rodríguez:", me decía el otro día; Necesito una cuartilla sobre tal asunto—. La escribí más con sudor que con tinta, tal es mi pánico. No le dió tiempo a recibirla cuando el teléfono sonó descompasado. ¡Dios mio! pienso, ¿qué habré hecho yo? ¡Sea lo que sea, me arrepiento; Señor!...

El auricular me hace reconocer la voz de mi verdugo que me dice: "—Pero amigo Rodríguez... (Malo. Cuando empieza diciendo "amigo Rodríguez", malo) Y sigue: "—Esto es demasiado largo. (Era una cuartilla excedida). No se te puede publicar. ¡Le sobran veinticuatro letras y una coma!..."

Amigo Director: Con todos los respetos protesto en nombre y por honor de las buenas letras. O Vd. nos encarga la con-

fección de telegramas a la medida, o nos veremos precisados a... ¿Pero a qué, si estamos luchando en campo desigual?... Nos veremos precisados a empeñarle las tijeras y rogarle que publique Vd. la paleta de empeño.

HERMENEGILDO RODRIGUEZ



CRUCIGRAMA n.º 5 por MORAN

HORIZONTALES.—1. De una comarca de León (plural).— 2. Califa musulmán - Medida.— 3. Apena interiormente - Consonante - (Al revés) otorgar.— 4. Moneda romana - Existir - Camina.— 5. Consonante - Calzado antiguo - Número romano.— 6. (Al revés) Ciudad de Noruega Pueblo de Orense - Nota.— 7. Alégrese - Consonante - (Al revés) Percibes.— 8. Caudillo árabe - Sirve.— 9. (Al revés) Demasiado pulcros.

VERTICALES.—1. Habitantes.— 2. (Al revés) Especie de pan - Cariño.— 3. Famoso explorador inglés - Consonante - (Al revés) Espacio de tiempo.— 4. Terminación verbal - Río gallego - (Al revés). Marchar. 5.—Consonante.—Para el calzado—Número romano. 6.—(Al revés) Interjección—Aldea del Rosellón—Marcha. 7.— Pueblo de Lérida—Consonante—Gracia. 8.—(Al revés). Parte transitible de un río—Otorguele. 9.—(Al revés). Denegados.

Solución al Jeroglífico número 6:
RAYA EN LOCURA

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MÓDICO

Imp. LA VERSAL - Gijón